CUANDO NADA PASA HAY UN MILAGRO QUE NO ESTAMOS VIENDO

DANIEL SADA

Pecado Capital: *La Pereza*

CADA LÍNEA EN el espejo insinúa otra línea en torno, y otras más para desdicha: muy apenas. Son tachones que en tasajos suspendidos dañan cuerpos al quererlos redondear. Cada línea bebe luz porque da sombra a las formas, les da tamaño hacia adentro, un ajuste perdulario. Un espejo puede estar en cualquier sitio, en el campo o en un cuarto, en el suelo o colgado de algún clavo, y traduce lo que hay: feo, bonito, regular. Si hay mucha luz distorsiona cuanto puede, si hay poca crea figureos y disfrutes sibilinos, si está oscuro pues ni modo.

Siempre aparte —por cuestión del difuso raciocinio o los posibles reproches que puedan surgir de aquí—: la vida de los espejos es como la vida humana o la vida de las cosas incapaces de vivir. Son objetos que conforme pasa el tiempo van perdiendo nitidez, se carcomen a sí mismos: sea primero por los bordes o empezando por el centro: es igual. Quizá tengan su memoria si se parte del supuesto de que añoran una cara inolvidable, es decir, quisieran volverla a ver para aprendérsela más, para hartarse de sus rasgos porque no y porque sí, ya que: son imágenes proclives a perderse en el vacío, tan prolijas e imprecisas en tanto no se reflejen en un espejo cualquiera; pero de ser lo contrario, aunque sea por un instante, nace una correspondencia, y algo de ello se atesora.

Una línea, cualquier forma, un destello o un mohín, quedan fijas ¿para siempre?, o a lo mejor se propagan en alguna superficie: deshaciéndose en lo oscuro, creando sesgos en la luz, un hallazgo que transcurre, un enfoque traicionero. Por eso mismo un espejo puede cansarse algún día de repetir lo inmediato, pues quisiera que su alcance rebasara dimensiones. Mas para que lo consiga debe existir otro espejo enfrente de él casi en igual posición. De haber otros por ahí que en cierta forma se vean: nace un juego que prolonga los objetos hasta donde el ojo alcance: por detrás y por delante, de perfil y de tres cuartos: eso es una circunstancia. Lo común es que esté solo, esperando a que alguien venga, o simplemente a que haya movimientos. Sin embargo, la soledad de un espejo es pura simulación, atareos inacabados: porque la luz se disuelve en pequeños arcoiris cuyos filtros quieren ser un goce que se ensombrezca, se dilate en los vislumbres: tal si fuera un organismo que se apiada de lo externo, que lo obliga al artificio. Cuando nuevos los espejos se parecen, pero después cada uno vive su temeridad. Todo esto dicho adrede, aun si se consideran las penosas rajaduras o de plano que se rompan en innúmeros añicos; y es que: las minucias esparcidas también son lo que reflejan... Y se empachan de las cosas... Y se mueren hacia adentro.

El caso es que en una pieza de tantas, en un pueblo, había un espejo suspenso en el que nadie siquiera se miraba de pasada. Su textura amarillenta hablaba de su vejez, de su falta de reflejos. Era una especie de adorno que además de su tamaño —un óvalo donde entera cupiese una cara grande—, tenía un marco enverdecido con alboroto de hojas: laminaje retrechero que no era tan vistoso pese a su enmarañamiento. Los moradores de allí, al moverse tesoneros como una respiración yendo de aquí para allá, qué se iban a detener para arreglarse el peinado por espacio de un segundo. De seguro otros espejos más nuevos había en las piezas contiguas donde con toda paciencia las personas se mirasen con humor o con reserva, pero éste —ansioso de aquellas caras que alguna vez se apostaron y envidiando a los de uso corriente en las cuales a cualquiera le dan ganas de observarse incluso para ensayar varias muecas— ahí colgado durante años esperando algún suceso. La verdad es que ni el tiempo con su amargo descascare retraído en el espejo acercaba caras nuevas o curiosas. Día con día una propela amarilla hacía una leve cabriola para caer en el borde de hasta abajo y ser parte de una pila de cachumbos sostenida por un vidrio protector. Para colmo hubo un día en que el espejo fue cambiado de lugar. Lo llevaron a otra pieza más oscura donde un rayo mañanero se inmiscuía delgadito pegando contra otro espejo colgado al igual que éste, y casi a la misma altura, pero más envejecido. El rebote alcanzaba a iluminarlo aunque de modo indirecto porque estaba no de frente sino en la pared izquierda con respecto al mencionado. Esa pieza al parecer los moradores la usaban para introducir tiliches que a la postre venderían. Lo más raro es que lo hubieran colgado en lugar de amontonarlo como a los demás objetos. Por lo pronto: oscuridad; salvo el rayo, o haz, o línea cada vez cuando el albor; ahora, debido precisamente a su nueva ubicación, su contrapunto incipiente era una pared vetusta con descascares de enjarre. Así, compartiendo el abandono con el desorden de aquello y aceptando más o menos el vislumbre piscuintío que le daba el otro espejo, transcurrió bastante tiempo: carcomiéndose con calma hasta que: vino alguien, lo quitó para llevarlo a otra pieza cuyo alumbre permitía informes alejamientos, perspectivas caprichudas. Al colgarlo en la pared junto a retablos de santos pero un poco más arriba, ya de perdida tenía una visita en la noche, por aquello de los rezos. Mas su suerte estaba escrita: nadie volvería a mirarse. Ni siquiera cuando el fulano hizo el cambio: que aprovechara el trayecto para verse de pasada, cuando menos por error o de manera fugaz: no. Y el sucio espejo morrino pues tenía que resignarse a no ser más que un adorno. ¿Y su cambio? Tal vez fue recuperado no tan-

to por su eficacia sino por el marco antiguo de hojas enloquecidas. Aún así, ese grave amarillor todavía captaba algo cuando la puerta del cuarto pues la abrían de par en par dando de lleno a una calle y luego a una plaza enorme cuajada de pinabetes. Las siluetas de personas hasta allá: vertidas en la espesura.

Tenue y pálida obtención; casi dibujo que sangra, a lo lejos, conforme los movimientos que quisieran desbordarse en lo liso del espejo: desbordarse entre las sombras de allá: lo posterior a la plaza: la fealdad recrudecida o la belleza extraviada. Lo más triste, y por eso indescriptible: la imagen que ya no alcanza, que no llega a reflejarse ni siquiera en torpes trazos. Ah, si esas personas que pasan supiesen que hay un espejo deseoso de repetirlas...

No... Escenario amarillento que a despecho se consume.

Sin embargo, por las noches, alguien cerraba esa puerta quedando la referencia de un quebranto de madera que en penumbras remitía a mellas apabulladas.

Sombras flojas que apachurran cuanta línea, cuanto brillo perspicaz. Faramallas espectrales, jugueteos inacabados en una atmósfera cruenta donde voces van y vienen sin registro, sin origen. Las turbias deformaciones a la luz de los quinqués, y el amarillo abstraído del espejo sometido por filuras de negror amasando, matizando los espacios que el espejo apenas puede aludir. Rezos luídos que rebotan en el vidrio protector. Palabras de elevación que el espejo no atesora ni en los bordes aunque sugieran materia: soledad evanescente. Pobres sesgos insensibles, y luego el apagamiento.

Un arbitrio ¿pertinaz?

Acaso pasaran años, lustros, décadas que fueran y: ya la pura pudrición: una isla amarillenta, lo demás: un montonal de propelas allí en la parte inferior como si fueran confetti. De nada servía que alguien abriera todos los días la puerta de par en par, porque la plaza y la calle tan sólo eran un borrón muy esfumado con movimientos grisáceos, pues ni el más pequeño lustre infiltraba algún color. El espejo ya vacío, vidrio y polvo por adentro, inservible como tal. Fue por eso que una vez alguien tuvo la ocurrencia de quitarle el marco aquel cuyo ornato sí era útil, pero el cristal fue arrojado con torpeza a un basurero.

Se rompió: pedacería: aquel que fuera motivo de vanidades radiantes, que aprisionara molicies y que imantara figuras con líneas muy definidas, tanto, que daban ganas de estar durante largo rato allí descubriendo un no sé qué de misterio en una cara bonita: ahondando en las proporciones. Todavía entre los pedazos quedó un pespunte de espejo viendo hacia arriba lo azul y una estrella por la noche: ¿para siempre? Se dijera que el destino de estos objetos vivientes —o, bueno, casi vivientes— es el mismo: añicos y más añicos. Menos mal que éste no tuvo uno enfrente todo el tiempo, que si no... Quién sabe qué pasaría.